

BX3712

.G 8

M 3



1080016503



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Discurso Historico

Pronunciado por el Sr. Presb. D. Lúcio Marmolejo el 26 de Enero de 1884, en la solemne bendicion de la Cruz que corona la cúpula del templo de la Compañía de Guanajuato, cuya bendicion fué dada por el Ilmo. Sr. Dr. D. Tomás Barón, Obispo de esta Diócesis, acompañado de los Ilmos. Sres. Dr. D. Ignacio Arciga Arzobispo de Michoacan y Dr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares.

ILMOS. SRES.—VENERABLE CLERO.

Señores.

El imperio de Moctezuma y de Guatimotzin habia caido por tierra con horrisono estruendo; y sobre sus humeantes ruinas se levantaba mas brillante que el sol, el lábaro santo de la Cruz: los ídolos mexicanos al contemplarla, cayeron de sus pedestales, cual Dagon en presencia de la Arca de la Alianza: los misioneros, como en otro tiempo los Apóstoles del Crucificado, deramaban el agua regeneradora sobre millares y mas millares de indios convertidos; y la verdad, por tanto tiempo oculta para nuestro continente, iluminaba con esplendor divino las inteligencias de los neófitos.

Habia sin embargo, entre otras, una pequeña aldea, habitada por indios chichimecas, cuyas chozas pajizas ocupaban una parte del terreno que hoy cubren las basílicas y los palacios de nuestra capital; la aldea de Quashuato, cuyos supersticiosos moradores, inclinaban su frente ante la representacion de un vil animal, de la rana, á quien adoraban como á diosa de las aguas; y esto, no obstante que hacia ya dos lustros que el Evangelio se predicaba produciendo maravillosos frutos en la gran Tenoxtitlan.

Sucede entónces que un conquistador ambicioso, Nu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

000936

ño Beltran de Guzman, decide penetrar por el interior del país en busca de nuevos gobiernos y de nuevas provincias: así lo verifica, difundiendo por todas partes el terror, sin soltar un momento de su mano la espada ensangrentada; pero el Dios de la paz hace que todo sirva para sus designios de misericordia; y en pos del terrible conquistador, vienen los venerables misioneros, llenos de amor, llenos de dulzura, llenos de zelo por la salvación de sus hermanos: no vacilan muchas veces en sacrificar su propia vida, y el imperio de Nuestro Señor Jesucristo extiende por todas estas dilatadas regiones su influjo salvador.

Nuño de Guzman se presenta en Quanashuato: sus moradores no pudiendo resistirle, huyen á las montañas de la Sierra Gorda, y la aldea queda completamente destruida, sin dejar siquiera algun vestigio de su existencia.

Mas, ah, Señores, pronto renacerá de sus propias cenizas, como del fénix se nos refiere en la fábula: los inagotables veneros de oro y de plata que encierran sus montañas son descubiertos; y en torno se levanta un pueblo, que no tarda en convertirse en una gran ciudad.

Pero, cuán diferente de la antigua Quanashuato: los habitantes de aquella adoraban un ídolo miserable: los de la nueva ciudad se prosternan llenos de amor y de fé delante de los altares del Dios verdadero, que los recibe como hijos muy amados, y les depara una prenda preciosa de su benevolencia paternal, al disponer en sus altos consejos que venga desde la antigua España la prodigiosa imágen de su Madre inmaculada, que la colme de gracias y que la defienda en todas las tribulaciones y en todos los peligros.

Le proporciona ademas de esto zelosos apóstoles que la conduzcan por el camino de la salud, sábios maestros que le enseñen la verdad, brillantes astros que ilustren las tinieblas de su inteligencia: y estos Apóstoles, estos maestros, estos astros, fueron, Señores, los reli-

giosos de la Compañía de Jesus, los venerables hijos de Ignacio de Loyola.

Efectivamente, desde los primeros años de la existencia del nuevo pueblo de Guanajuato, cuando el santo fundador de la Compañía solo contaba 25 años de haber dejado la tierra, para subir al cielo á recibir el premio de sus heroicas virtudes, ya, segun leemos en antiguas crónicas, venian á misionar los Jesuitas; y era tan copioso el fruto de su predicacion, que se hacia necesario llamar nuevos obreros evangélicos para que los auxiliaran en sus santas tareas.

Transcurren pocos años: el glorioso S. Francisco de Borja, que como general de la Orden gobernaba entonces toda la Compañía, manda á América al V. P. Pedro Sanchez, para que la difunda en estos países y le proporcione ancho campo donde ejercer las funciones de su santo instituto en favor de las almas. Viene efectivamente el respetable sacerdote y funda varios colegios; pero cuando ya tenia dispuesta la ereccion del de Guanajuato lo arrebató la muerte.

El colegio por lo mismo, no se fundó sino mucho mas tarde; pero sí se juró canónica y solemnemente como patron y protector de la entonces villa de Guanajuato al mencionado fundador de la Compañía, el insigne Patriarca S. Ignacio de Loyola. Este juramento fué confirmado por la autoridad competente el dia 18 de Junio de 1624.

El tiempo continuaba marchando: diversas gestiones siguieron haciéndose en varias épocas, y muchas veces por elevados é influentes personajes para lograr la fundacion de este colegio; pero siempre sin éxito: los obstáculos que se presentaban eran siempre insuperables.

Así sucede ordinariamente con las obras de Dios: Su Magestad permite que sean combatidas por la tempestad, para manifestar cuando llega el momento de que se realizen que es su mano santísima la que las lleva á cabo, y que la del hombre no ha sido otra cosa que un instrumento de su Providencia.

Esto pasó, Señores, en la fundacion del magnífico y célebre Colegio de Guanajuato: llegó el tiempo en que Dios quiso que se verificara; movió los corazones de los poderosos: estos aprontaron para el objeto considerables sumas; y acontecimientos que parecian casuales vinieron á decidir sus voluntades.

La respetable Sra. Doña Josefa Teresa de Busto y Moya oye un sermón en que se pondera la utilidad de los colegios de la Compañía, y desde luego decide constituirse fundadora de uno de ellos en Guanajuato: ministra 60,000 pesos en fincas y en numerario: el marques de S. Clemente y otros ilustres caballeros secundan generosamente á la señora fundadora; y el día 1.^o de Octubre de 1732 tuvo Guanajuato la satisfaccion de recibir en su seno á los Jesuitas.

Solo vinieron por lo pronto tres sacerdotes y dos hermanos laicos; pero el árbol pequeñito que se formó con ellos, tomó muy pronto creces prodigiosas, á semejanza de la piedrecita de que nos habla el profeta Daniel, que lanzada por una mano invisible pulveriza aquella estatua colosal, compuesta de diversos metales, que simbolizaba la variada idolatría. Y esta piedrecita crece, y crece mas, y ya tiene las proporciones de una montaña, y crece todavía, y cubre al fin las islas y los continentes. Así, Señores, así se desarrolla el árbol pequeñito formado por los hijos de Ignacio: crece maravillosamente: ya cubre toda la ciudad de Guanajuato; y crece mas todavía, y acaba por amparar con su sombra benéfica, todo el vasto territorio que formaba el antiguo Obispado de Michoacan.

El nunca bien alabado caballero Don Pedro Bautista Lascrain de Retana cede á favor de la Compañía de Guanajuato cuatro grandes haciendas de labor, para que se establezca sólidamente un plantel donde se instruya la juventud, para que se doten las huérfanas pobres, y para que se sostengan misioneros que, durante la mayor parte del año, recorran todo el Obispado, predicando el Evangelio.

Todo se verificó conforme á los deseos del ilustre fundador: el árbol llegó á su mas alto grado de crecimiento y de lozanía; y entre sus mas notables ramas figuraron personajes que fueron la admiracion de su época por su virtud y por su ciencia, por su zelo y por su desinterés, como los Corominas y los Borrotes, los Cerdanes y los Vidaurris.

Pero en medio de tanta grandeza, se encontraban los Jesuitas sin tener un templo digno donde ejercitar las funciones de su ministerio, hasta que suscitó el Señor al V. P. José Joaquin de Sardaneta y Legaspi, ornamento de la Compañía y gloria de su patria la ciudad de Guanajuato: este sacerdote tan sábio como tan santo, concibió, emprendió y consiguió la fábrica de esta basílica, bajo cuyas augustas bóvedas nos encontramos rindiendo nuestras acciones de gracias al Dios de las bondades.

Ardua por mil razones era la empresa: no solo por los enormes gastos de la construccion que abordaron á centenares de millares de pesos, sino porque para expeditar el terreno que debian ocupar las naves del gran templo, se necesitaba destruir una montaña. Pero, Señores, el P. Sardaneta destruyó la montaña.

Por eso un escritor del siglo pasado, lo compara justamente con Zorobabel. Zorobabel en efecto emprende la reedificacion del templo de Jerusalem; pero la impedía el salto del monte Sion; mas el Profeta Zacarías, confiando en Dios, le dirigió este reto á la montaña: *¿Quid tu mons magne, coram Zorobabel? In planum.* ¿Qué supones tú soberbio monte para oponerte á los designios de Zorobabel? Allanará tus quebradas, desmontará tus crestones, y habiéndose dispuesto espacio bastante en tu fragosidad, pondrá la piedra del cimientto del templo, levantará sobre ella los muros y coronará su obra. Lo mismo exactamente pudo decirse al cerro de Guanajuato, que estorbaba los proyectos del P. Sardaneta: *Quid tu mons magne, coram Zorobabel?* Quién eres tú monte orgulloso para oponerte á

los designios del Zorobabel Jesuita? *In planum.* El te destrozará, él te pulverizará, hasta convertirme en una planicie suficiente á que en ella se levante el gigantesco edificio que medita.

Pero la destruccion de esta montaña fué acompañada de circunstancias tan extraordinarias, que es preciso decir acerca de ellas una palabra. Los operarios de la mayor parte de las minas se turnaban diariamente en el rudo trabajo de abrir los barrenos indispensables para arrancar las rocas: frecuentemente concurrían mas de quinientos; y hubo mina que dió fuego á la vez á doscientos barrenos; pero lo que seguramente no tiene ejemplo en parte alguna es la loca prodigalidad de que hacían gala estos operarios en aquellas memorables faenas. Para tirar los escombros usaban sacas forradas de terciopelo de raso ú otros géneros nobles: para humedecer los barrenos no se servían del agua natural, sino de vinos ó costosas aguas de olores; y no los atacaban con tierra ó mantas despreciables, sino con listones ó lienzo finos, á lo que añadían una cantidad de monedas menudas, reputando por gloria tanto despilfarro. Y concluidas las tareas se juntaban en un gran salon y tomaban un copioso refresco, al que convidaban á muchos caballeros de la Ciudad, deseosos de tener en cada uno de ellos un panegirista de su prodigalidad.

Muchas veces se amonestó seriamente á los dichos operarios para que no continuaran tan inexcusables desperdicios; pero protestaron que no concurrirían á las faenas si no les dejaban hacer su voluntad.

El terreno quedó al fin desmontado; y, no obstante tantos y tan importantes trabajos gratuitos, se gastó en ello la enorme suma de 80,000 pesos.

Se procedió en seguida á trazar la planta del gran templo, operacion ejecutada bajo la direccion del inteligente religioso belemita Fr. José de la Cruz, y á colocar despues, con gran solemnidad la primera piedra del edificio, cuya ceremonia tuvo lugar el dia 6 de Agosto de 1747.

Continuó la obra con febril entusiasmo: los poderosos contribuían con sus recursos pecuniarios: los artesanos y los mineros con su trabajo personal; y el V. Sardaneta con sus incesantes desvelos, para la coleccion de las limosnas, para el orden de las faenas, y para que marchara todo de la manera conveniente. El afamado arquitecto D. Felipe Ureña, siguió dirigiendo la fábrica hasta llevarla á su término: se gastaron en la Iglesia, Colegio y dotacion mas de medio millon de duros, sin tener en cuenta las donaciones de materiales y los trabajos gratuitos que vendrían á importar considerables sumas; por fin, se colocó la Cruz que coronaba la antigua cúpula el 6 de Enero de 1764, y se dedicó el templo el 8 de Noviembre de 1765, con una fiesta de inaudita solemnidad, que formó época, no solo en los anales de Guanajuato, sino de toda la Nueva España.

La gloria de la Compañía en Guanajuato llegaba por lo mismo á su apogeo; su templo se levantaba erguido, formando la admiracion de los viajeros, y el legitimo orgullo de la ciudad: los atribulados venían aquí por consuelo, los ignorantes por ciencia, los pecadores por el perdon, la juventud por instruccion y moralidad; el altar, el confesonario, el púlpito se encontraban constantemente ocupados por zelosos y santos ministros: el grande árbol en fin, lo cobijaba todo con su sombra bienhechora.

Mas, ah, Señores, al contemplar tan bonancible situacion: al mirar tantos bienes que á manos llenas se difundían por todas partes, era preciso que el génio del mal rugiera de furor en sus cavernas, y preparara sus legiones infernales, para hacer cruda guerra á quien miraba como autor de aquel tan envidiable bienestar. El inspira los ánimos de diversos elevados personajes de Europa; él mueve la mano del rey Carlos III cuando firma la pragmática sancion, en que, llevando la tiranía hasta su último refinamiento, decreta sin forma de juicio, sin escuchar siquiera sus descargos, que los